

ofrece todavía dificultades a una exposición de conjunto ordenada. El resultado de ese esfuerzo está a la vista: un libro cuyo contenido responde mejor que su precedente a la expectativa que el título crea. Sólo me queda, por tanto, animar a sus autores a continuar —más allá del importante paso que este *Manual abreviado* representa— por el camino emprendido, que sin duda alguna es el correcto.

Rodrigo MUÑOZ

José Luis ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, EUNSA, Pamplona 1997, 239 pp., 13 x 23, ISBN 84-313-1551-2.

Este libro ofrece un conjunto de once escritos que fueron redactados y publicados sucesivamente entre 1971 y 1996. Aparecen ahora reunidos en un volumen no solamente porque todos ellos giran en torno a un mismo objeto de consideración —la teología del trabajo, como el subtítulo indica—, sino porque abordan la cuestión, de forma más o menos directa, desde una perspectiva también unitaria: aquella que es propia de la teología espiritual.

El interés del Prof. Illanes por la teología del trabajo se remonta hasta la fecha relativamente temprana de 1964. A este respecto resulta particularmente ilustrativa la presentación, donde el A. da cuenta del origen y de la evolución de su interés por una cuestión de carácter tan vital y multiforme como el trabajo. La misma presentación reviste también un tono decididamente existencial —casi podría decirse autobiográfico—, pues narra algunos sucesos vividos en primera persona por el A. que manifiestan la impronta que en él dejó el mensaje del Beato Josemaría Escrivá sobre la santificación del trabajo, enseñanza que ocupa un lugar de primer orden en el espíritu del Opus Dei.

Pasando ya a describir el contenido, digamos que el libro se abre con dos estudios que estaban destinados en origen a la voz correspondiente de dos diccionarios, lo cual les confiere un carácter introductorio: el primero de ellos aporta las líneas principales de la reflexión de origen cristiano sobre el trabajo, desde su origen bíblico hasta nuestros días, y el segundo afronta el objeto de estudio en el horizonte de la historia de la espiritualidad y del vivir presente del cristiano.

Los capítulos siguientes (III-VI) se detienen ya en una consideración más particular de carácter histórico. Cada uno de ellos ofrece un análisis de alguno de los exponentes principales de la reflexión sobre el trabajo en la tradición cristiana: desde san Basilio, san Agustín o santo Tomás de Aquino, hasta la contri-

bución contemporánea del Beato Josemaría Escrivá. Más allá del carácter formal o directamente histórico de estos capítulos, y por tanto de las referencias a los autores estudiados en cada uno, el Prof. Illanes enriquece la exposición con constantes referencias a los principales representantes de la reflexión sobre el trabajo, dando muestra de un buen conocimiento de la historia de la filosofía.

La atención se dirige a continuación a la consideración de la realidad del trabajo tal como aparece en la encíclica *Laborem exercens* y en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, respectivamente (caps. VII-VIII), para dar paso a un apunte o esbozo de carácter temático en los tres capítulos finales (IX-XI).

El A. es consciente de que deja lagunas importantes en el desarrollo histórico y que presenta sólo algunas líneas de fuerza que puedan servir de introducción a una reflexión sistemática completa. Como es natural, ofrecer un estudio teológico acabado o definitivo sobre el trabajo como parte principalísima de la acción humana, no resulta una tarea fácil. Acometer ese proyecto «supone enfrentarse cristianamente con el ideal moderno del *homo faber*, así como la Patrística y el Medioevo se enfrentaron con el ideal del *homo sapiens*, propio del mundo greco-romano; más exactamente, mostrar cómo se integran y armonizan ambos ideales en el interior de la visión cristiana del hombre como ser llamado a la unión con Dios» (p. 29).

Con todo, el A. asume la tarea de trazar las líneas de reflexión que a su juicio deben enmarcar cualquier teología del trabajo. E identifica cuatro indicaciones primeras:

1. *Trabajo y evolución del cosmos*. El hombre, ser situado en el mundo, formando parte de él y solidario en su destino, aparece en la narración del Génesis como centro del universo. La antropología y la teología del mundo se configuran, por tanto, como el punto de partida para un acercamiento teológico a la realidad del trabajo. A juicio del A., este panorama puede profundizarse, acudiendo a algunos aspectos de la cosmología del Aquinate, según la cual la causalidad de los seres, su capacidad de acción, es lo que dota de unidad a lo creado.

2. *Trabajo y escatología*. Que la meta de la existencia, tanto en un sentido individual como colectivo, no tiene lugar en el tiempo sino al final de la historia y más allá de ella, es una afirmación constitutiva de lo cristiano. Sin embargo, la fe escatológica no menosprecia el presente. Si el reino de Dios se hace presente en la historia y no es más que plenitud de lo que está ya anticipado o preparado en el interior de esa misma historia, el momento presente no queda devaluado, sino que encuentra una valencia positiva que reclama una existencia teológica.

3. *Trabajo y vivencia teologal del existir*. El panorama antropológico y teológico que ha quedado esbozado en los presupuestos anteriores debe iluminar la teología del trabajo, expresión que se perfila en este contexto en clara referencia al acto de trabajar. De ahí que una reflexión sobre el trabajo que olvide su dimensión teologal, que prescinda de la oración y de la vida contemplativa, adolecería de una insuficiencia radical. Desde una perspectiva cristiana, acción y contemplación no se conciben como realidades opuestas, ni siquiera relacionadas en términos de yuxtaposición. «El cristiano se santifica no *a pesar* del cumplimiento de la misión que ha recibido durante su existencia terrena, sino precisamente *a través* del cumplimiento de esa misión».

4. *Trabajo y dolor*. El trabajo connota el esfuerzo y comporta, en ocasiones, sufrimiento y dolor. Este aspecto penitencial del trabajo, puesto tantas veces de relieve, en ocasiones de modo unilateral, ha de ser expuesto guardando un equilibrio o distancia entre dos extremos: la negación de ese dolor, que nos apartaría de la experiencia común, y de otra parte, el olvido del fundamento del optimismo cristiano, de «la serenidad alegre de quien, vivificado en Cristo y confiando en su gracia, lucha contra las fuerzas del pecado en espera de la victoria». Es decir, el carácter penitencial que de un modo u otro acompaña todo trabajo, sin embargo no lo define, ni constituye por eso el origen de una teología del trabajo, que no puede omitir la consideración de la creación o posponerla a la de la redención.

Estas cuatro líneas de afirmación —que aquí no han sido más que apuntadas— constituyen para el A. los trazos que dibujan el amplio perfil en el que debería inscribirse toda reflexión sobre el trabajo realizada desde un punto de vista cristiano. Y son también, como es natural, las que dan paso al estudio sintético de los principales hitos históricos en la reflexión acerca del trabajo.

Como se ha anunciado, los tres últimos capítulos cierran el libro con unas consideraciones de carácter temático, que afrontan puntos importantes de toda teología del trabajo: entre otros, la definición del trabajo, ya analizada en el capítulo introductorio; la valoración de él que hicieron los clásicos griegos en contraste con la moderna, el aspecto ético y de realización de la persona en y por el trabajo, la distinción entre actividad humana y activismo, así como el trabajo en la perspectiva de la relación Dios-hombre.

No es posible, como es obvio, detenerse aquí siquiera brevemente en cada uno de esos puntos. Baste, no obstante, una alusión a lo que sería para el A. una caracterización o definición del trabajo. La tradición filosófico-teológica ha recurrido con frecuencia para definir el trabajo a la idea de una actividad que implica el esfuerzo del hombre. Para decirlo con más precisión, no ha aludido sólo al

empleo de la fuerza, sino al empeño, la constancia, la energía y el desgaste que todo esfuerzo humano trae consigo. En esa dirección apunta, por lo demás, la etimología tanto del término castellano «trabajo», como del vocablo latino «labor».

Y, sin embargo, considerado como elemento definitorio, se trata de un aspecto insuficiente, puesto que existen otros sectores de la acción humana que suponen también un ejercicio notable de fuerza —como ocurre con el juego o, al menos, con algunos de ellos— y se distinguen netamente del trabajo. A juicio del A. «la diferencia fundamental no radica en la espontaneidad, sino en la ordenación a un resultado, más exactamente, a un producto o fruto que trasciende a la actividad que se realiza» (p. 204). De aquí derivan dimensiones insoslayables a la hora de enfrentarse con la realidad del trabajo, como puedan ser la potencialidad de transformación histórica —presente y futura— del trabajo; o su relatividad, pues al encontrar su fin en el fruto producido, remite constitutivamente a él y, por ende, a la sociedad en la que ese fruto incide.

Estas observaciones se prolongan en un análisis, sucinto pero certero, del ideal heroico de la Grecia clásica, del aristocratismo aristotélico y sus alusiones a las «necesidades de la vida» como aquello que impide la participación en la vida de la *polis*, o de la distinción entre *praxis* y *poiesis*, que constituye un tópico de la civilización occidental, imprescindible a la hora de analizar la acción humana y, en particular, el trabajo. Esta visión orientada hacia lo que el trabajo implica en el sujeto que lo realiza, estuvo sustancialmente presente a lo largo de la Edad Media. Por contraste, Hegel y, aunque con matices propios, K. Marx dirigirán su atención hacia la obra del trabajador, es decir, hacia el término o resultado de trabajo y, en esa medida, la acción del hombre aparecerá ahora en todo su potencial transformador del mundo circundante. La concepción moderna del trabajo se ve, no obstante, limitada por su incapacidad para salir de las estrechas fronteras de una visión del hombre como ser puramente necesitado. De ahí la necesidad de una comprensión teologal del trabajo como acto de un ser que, siendo persona, entra —ya en el tiempo— en conexión con la eternidad. Trabajo y contemplación aparecen así como dimensiones no opuestas, sino relacionadas entre sí.

Se trata, en suma, de un ensayo atinado que tiene en cuenta las principales categorías que ha manejado la tradición occidental, y en particular cristiana, acerca de una realidad tan vinculada a la vida del hombre como el trabajo. Se puede decir, por tanto, que el lector encontrará en este libro una exposición brillante, que le aportará orientaciones valiosas para abrirse camino a través de la complejidad que ofrece una reflexión teológica sobre el trabajo.

Rodrigo MUÑOZ